

El elefante en la sala

EDUARDO J. PADRÓN

En Miami Dade College tenemos un exitoso programa para alumnos sobresalientes que ha sido elogiado en la prensa nacional numerosas veces. Se llama Honors College y en el mismo concurren estudiantes de gran aprovechamiento académico y social.

Cada vez que converso con algunos de nuestros laboriosos especialistas, tanto mujeres como hombres, que atienden el mencionado programa, las historias de éxito que me refieren no dejan de conmovirme.

Recientemente una de ellas me recordó aquel caso del alumno que llegó de Cuba, sin saber ni una palabra en inglés y con numerosos conceptos trastocados sobre la educación en Estados Unidos. Que si era imposible, que si mucho dinero, que si la cruel diferencia de clases. En fin, todo el florilegio de veneno inoculado durante su vida bajo un régimen incapaz de desarrollar las potencialidades de la juventud, como queda demostrado cada día, lamentablemente.

Este muchacho no solo aprendió el inglés como para poder interpretar una obra en el Teatro El Globo, sino que le hizo saber a nuestra consejera que ingresaría en el Honors College, donde se requieren parámetros docentes específicos, porque su máxima aspiración y la de su familia era la de luego transferir a una universidad de la llamada Ivy League y así resultó.

Luego hemos sabido que no solamente nos ha hecho quedar muy bien, ante una institución de bastante prestigio y elitista, sino que va terminando su carrera con uno de los mejores expedientes de su clase.

Cada vez que la reforma migratoria o sus derivados como el DREAM Act reciben un revés en el fuego cruzado de intereses políticos rivales, pienso en cuánto talento estamos echando por la borda, lujo que realmente el país no se puede permitir si quiere seguir siendo faro en el complejo concierto internacional que nos ha tocado vivir.

Ahora las partes que pudieran decidir el destino de 11 millones de indocumentados están haciendo una convocatoria a la cordura para ver si el engorroso asunto comienza a prefigurar una solución.

Yo pienso en la desmesurada cifra y me olvido de la fría matemática para ir colocándole un rostro a cada número. Son seres humanos como tú y como yo que una vez llegaron a estas costas buscando una vida más promisoria. Generalmente, para la mayoría, han transcurrido muchos años y las familias crecieron y, de hecho, no pocas han realizado aportes sustanciales a esta sociedad, cierto que no sin temor, pero no han dejado de trabajar y contribuir.

En el pasado nuestras estructuras políticas no encontraron soluciones a tiempo y el problema se fue acumulando, un dilema humano, no perdamos eso de vista, y ahora no podemos agrupar a 11 millones de seres y devolverlos a sus lugares de origen porque logísticamente resulta imposible, además de que estaríamos perdiendo parte de una gran inversión, porque los niños y jóvenes nacidos en el seno de dichas familias han sido criados y educados en nuestro sistema de enseñanza y esperamos que alguna vez en la vida retribuyan a la sociedad dicha inversión.

Las fronteras deben ser rigurosamente vigiladas, así como los puertos de entrada. No queremos que el mundo reciba el mensaje erróneo de que quienes violen las leyes norteamericanas eventualmente serán amnistiados. No se trata de eso. Lo cierto es que tenemos un elefante en la sala, no podemos ignorarlo, hay que darle la cara, y todo parece indicar que comienzan las gestiones para que así sea.

Quiero pensar que no hemos perdido a 11 millones de personas y no pocos miran con esperanza caminos como los que hemos trazado en Miami Dade College, donde el futuro suele anunciarse prometedor.

Presidente del Miami Dade College.